



SISTEMATIZACIÓN ESCUELA ARTÍSTICA INTEGRAL CANCHIMALOS
MEMORIA FELIZ, CAMINO HACIA LA PAZ

Laboratorio Rondalla Canchimalos

Alas de colibrí

*Hoy me propongo fundar un partido de sueños,
talleres donde reparar alas de colibríes.
Se admiten tarados, enfermos, gordos sin amor,
tullidos, enanos, vampiros y días sin sol.*

*Hoy voy a patrocinar el cantor desahuciado,
esa crítica masa de Dios que no es pos ni moderna.
Se admiten proscritos, rabiosos, pueblos sin hogar,
desaparecidos deudores del banco mundial...*

Así canta el tema que Silvio Rodríguez publicó en su álbum “DOMÍNGUEZ”, como homenaje a su familia materna, en el año 1996. Esta canción, además de su ritmo pausado, de la guitarra siempre magistral de Silvio, de su melodía evocadora y de su poesía clara, contiene también la declaración de un compromiso social profundo, casi utópico y, desde que la escuché, se ha convertido en el himno que ha guiado mi quehacer como músico y pedagogo.

Como músico he preferido siempre hacer música solo con amigos. Nunca me han atraído los ambientes profesionales, plagados de egos gigantescos y de competencias insanas. Como pedagogo, mi atención se ha dirigido más a quienes, mirando la creación musical desde la barrera, tienen la impresión de que es cosa de dioses o de personas privilegiadas a las que se deben mirar con reverencia. Personas que sienten una necesidad innata de belleza, de arte, de expresarse en otros lenguajes que puedan decir lo indecible, que quieren temblar ante un micrófono y vibrar ante un aplauso y que una vez, años atrás, sepultaron ese sueño porque un profesor o un padre mal preparado les dijo que cantaban feo o que sus dibujos no valían la pena.



Para mí, esas son las ALAS DE COLIBRÍ que merecen una reparación: la gente del común, las vecindades de la cuadra, las personas jubiladas, desempleadas, enfermas, alcohólicas, invidentes, sordas, sordociegas, desplazadas, ignoradas, las infancias, los abuelos y abuelas, las “rayadas”, quienes aman la música o no la aman; personas convencidas de que el desarrollo de la sensibilidad puede contribuir a la creación de una sociedad más justa, en fin, “...esa típica masa de Dios que no es pos ni moderna...” Todo esto enmarcado en la sorprendente morfología de colibrí y la simbología que tiene en nuestra cultura y en otras culturas modernas y antiguas.

Cuando comenzó el sueño de conformar una rondalla en la Corporación, se hizo con la idea de hacer arte comunitario con alas de colibríes. Convocamos a personas del barrio que quisieran cantar en forma grupal y conformar una agrupación que trascendiera el simple hecho de cantar. Este grupo se ha ido convirtiendo en lo que es actualmente: una comunidad de personas sensibles, respetuosas, propositivas, con gente que se desempeña en diferentes disciplinas y que han creado una red de amistad unida por la música; que disfrutan del cantar con otros en un lugar seguro en el que cada quien aporta desde sus posibilidades, sin críticas por no alcanzar una nota o palmar fuera de tiempo, sin que esto implique que no haya una búsqueda continua de mejoramiento musical.

El sueño, que comenzó con cinco personas, hoy cuenta con catorce participantes. Aquí están Marisol y Omar, esposos, pioneros de Rondalla y Canchimalos de corazón, cuyo buen humor, sentido de organización y entusiasmo condimentan el espacio de ensayo; Luz Marina y Jaime, madre e hijo, también pioneros; Ana María y Manuela, madre e hija, esta última de apenas 12 años; Lina y Martín, de 11 años, madre e hijo; Edilma, cuya cabellera blanca e historia de vida producen una ternura y veneración especial; Silvia, con su disciplina férrea; Marta con su ternura; Fabiola con su disposición siempre atenta; Margarita, trabajadora incansable con la comunidad; Gloria, profesora de niñas y niños, propositiva y entusiasta; Guillermo, último en entrar, con una historia de superación personal admirable.

Alas de colibrí, delicadas y fuertes a la vez, grandes y hermosas en su pequeñez y fragilidad.

En su aún corto recorrido se han ido trenzando historias y vivencias que poco a poco van conformando una memoria feliz en el imaginario de quienes conformamos la Rondalla: nuestro debut en la Corporación, nuestra primera presentación fuera de ella, las rifas en las que hemos aportado, nuestra primera camiseta de uniforme, las novenas en Canchimalos, las risas por las espontáneas ocurrencias de cualquier participante que crean un ambiente distendido y agradable, la satisfacción al lograr el objetivo de ejecutar un tema de forma adecuada. Todo esto, con seguridad, aporta a que en el entramado social del barrio y de la ciudad, se vaya creando una cultura de paz y convivencia, tan necesaria en este mundo convulso.

En algunos años, cuando quizás no estemos, estoy seguro de que todos conservaremos en nuestra mente y nuestro corazón, la memoria feliz de haber cantado en Rondalla Canchimalos y la satisfacción de que nuestras voces se hayan escuchado en diferentes escenarios en los que tal vez fuimos un bálsamo para algún corazón adolorido.



Ojalá la vida nos dé el privilegio de seguir uniendo nuestras voces, nuestras memorias, nuestros sueños de alas de colibrí, en un canto de hermandad y conciencia social que resuene en todo el vecindario... y por qué no: aún más allá.

Jorge Vega Ochoa
Rondalla Canchimalos
Medellín, noviembre, 2024